

## NO TANTO

### LA FUERZA BRUTA

Los cuadros de John Steinbeck. Traducción de Manuel Barberá, dirección de Ruben Castillo. Escenografía y vestuario de Elizabeth Thompson. Luces de Carlos Torres. Elenco de Teatro Libre, en su sala propia, con la intervención protagónica de Eduardo Prous (de la Comedia Nacional).

La obra de Steinbeck es suficientemente conocida por la novela y la adaptación cinematográfica, para que abundemos en ella: en un mundo tosco de pasiones primitivas y torpes, en una granja donde los braceros recogen la cebada, se produce el drama que revela la imposible inocencia humana dentro de una sociedad que busca inútilmente la felicidad. Lenino, un gigante de tremenda fuerza física y alma de niño, que vive en un presente que todo lo olvida, y en la ternura inmediata y simultáneamente brutal, se ve arrastrado en el drama de los hombres, que es imposible evitar y que lo sacrifica sin vacilar.

La pieza tiene una simplicidad expositiva, muchas veces convencional, con su juego de ásperas pasiones y de vidas inútiles: Curley y su mujer o el patrón, contrastados a los trabajadores y a la frustración de sus aspiraciones de una vida mejor.

El montaje escénico de Ruben Castillo subrayó el esquematismo de la pieza, la pobreza de su línea argumental, sin conseguir la creación



**PROUS**  
El físico  
del papel

auténtica de los tipos humanos centrales que justifican el tipo humano ideado por Steinbeck y la realización misma del drama. La pieza fue impostada sobre una estilización del realismo, claramente indicada por los escenarios, algunos excelentes, de Elizabeth Thompson, que más que una sensación de naturalismo, evocaron la expresión que los pintores norteamericanos nos han dado de la vida agrícola de su país. Un juego de luces muy cuidado, a cargo de Carlos Torres, y donde se revela un evidente progreso en la preparación técnica de los espectáculos por parte de Teatro Libre, contribuyó al esquematismo, separando a los personajes de su contorno real y concentrándolos en la exclusiva actuación. Pero estas transformaciones del proceso de la obra no estuvieron acompañadas por una adecuación rítmica, y es así que hubo cuadros de desmayado desarrollo, y las escenas de acción violenta no

alcanzaron una mínima realización efectiva, quedando bocetadas y mal incrustadas en el resto de la pieza.

La actuación tuvo claros altibajos que no permitieron la visión coherente y armoniosa de la pieza. Es en parte responsabilidad de la dirección de Castillo que todavía no está aflatada para elaborar al actor propiamente, sus tonos, su enriquecimiento del texto— y en parte consecuencia de la inexperiencia muy notoria de algunas figuras. Lo mejor estuvo a cargo de Eduardo Prous en el papel protagónico. Significa un esfuerzo ponderable la creación de un personaje de gran dificultad, y es la mejor tarea que le conocemos a este actor. No se puede considerar un trabajo totalmente logrado. Prous compone físicamente el personaje, lo dota de una verosimilitud y verdad directa, aunque a veces, en los contrastes de luz sugiere más a Frankenstein que a Lonnie grande y tierno, pero en cambio en sus diálogos y sobre todo en sus monólogos, no obtiene el matizado de sugerencias e inflexiones que distingue al personaje. Elegido por sus rasgos físicos, no tiene todavía la flexibilidad de actor para un personaje de tal importancia. Aun con estos reparos vale la comprobación de que es su mejor labor interpretativa.

Junto con él merece destacarse en su breve papel González Santurio que se señala como un actor de buena apostura escénica, de crecientes condiciones hístrioncas. Es quien mejor se corresponde a este mundo áspero y viril en que se desarrolla la pieza. Carlos Bonora es actor experimentado pero el papel de George no era el más adecuado a su gama habitual. Para dar el tipo abusó de brusquedades, de contrastes y de gestos mecánicamente repetidos, sin ligarlos a una personalidad.

El resto del elenco careció de la mano directora que los orientara, luchó con claras imposibilidades como Yuki Valdés, que desfiguró esa invención de sensualidad, ahogó, vulgar ilusión que es el personaje de Steinbeck.

La ambientación de la pieza estuvo bien lograda por momentos. Sólo parece conveniente apagar la estridencia del comentario musical y el uso de una pieza de melaza sinfónica para los intervalos, con la que se pretende una evocación cinematográfica, no teatral.